



Visita del Cardenal Darío Castrillón Hoyos y Monseñor Fabio Suescún Mutis, Obispo de Pereira y Gran Canciller de la Universidad Católica Popular del Risaralda, con motivo de la celebración de los 25 años. Los acompañan: Monseñor Francisco Nel Jiménez Gómez, ex-rector de la Universidad y el Padre Álvaro Eduardo Betancur Jiménez, actual rector.



Universidad Católica
Popular del Risaralda
25 Años





BENDICIÓN Y SALUDO DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A LA UNIVERSIDAD CATÓLICA POPULAR DE RISARALDA EN SUS 25 AÑOS



TELEGRAMMA

di recapito - Conseguito al fattorino alle ore
 N. 11111 Senor Cardenal Dario Castrillon Hoyos
 Prefecto de la Congregacion Para el
 Clero
 Ciudad del Vaticano

Max. 3 VIG. - 50.000

8 FEB. 2000

Recibido el 19...

Ors. *C*

Civitas *C*

Ricorrenza

CITTÀ DEL VATICANO

8 2.00-3

TELEGRAFO

N. d'ordine	Qualifica	Destinazione	Provenienza	Num.	Parole	Giorno e mese	Ore e minuti	Indicazioni eventuali
		Città del Vaticano	Città del Vaticano	850	195	08/02/00	20 00	

CON OCASION DEL XXV ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA POPULAR DEL RISARALDA, ME ES GRATO ENVIAR UN CORDIAL SALUDO A MONS. FABIO SUESCUN, AL RECTOR, CUERPO DOCENTE, ALUMNOS Y PERSONAL AUXILIAR DE DICHO CENTRO SUPERIOR DE ESTUDIOS Y ME UNO ESPIRITUALMENTE A SU ACCION DE GRACIAS A DIOS POR LOS FRUTOS ALCANZADOS EN ESTE CUARTO DE SIGLO. ASI MISMO, LES ANIMO A SEGUIR PARTICIPANDO CON RENOVADO ESPIRITU EN LAS DIVERSAS ACTIVIDADES ACADEMICAS, MANTENIENDOSE EN SINTONIA CON LOS PRINCIPIOS HUMANOS Y CRISTIANOS, EN LOS QUE SE FUNDA LA ESPERANZA DE TRANSFORMAR LA SOCIEDAD COLOMBIANA, PROMOVRIENDO SU AUTENTICO PROGRESO ESPIRITUAL, SOCIAL Y CULTURAL. MIENTRAS FORMULO LOS MEJORES VOTOS PARA QUE ESE CENTRO UNIVERSITARIO CONTRIBUYA CADA VEZ MAS A LA FORMACION DE PROFESIONALES QUE DEN TESTIMONIO DE LOS VALORES CRISTIANOS EN LA VIDA SOCIAL Y CULTURAL Y OFREZCA LA OPORTUNIDAD A TODOS DE ACCEDER A LOS MAS ALTOS NIVELES DE ESTUDIOS, IMPARTO DE CORAZON A LOS INTEGRANTES DE ESA UNIVERSIDAD LA IMPLORADA BENDICION APOSTOLICA, QUE COMPLACIDO EXTIENDO A LOS BIENHECHORES Y AMIGOS DE LA MISMA

IOANNES PAULUS PP. II



NUNCIATURA APOSTÓLICA
EN COLOMBIA

Santafé de Bogotá, D.C., 15 de febrero de 2000

Señor Rector:

Agradezco su amable carta del 28 de enero en la que me invitaba a participar en la celebración de las bodas de plata de la Universidad Católica Popular del Risaralda. Como retorné hasta ayer 14 de febrero a mis labores en la Nunciatura, por encontrarme fuera del país, no tuve conocimiento de esta invitación con anterioridad para haber participado en ella.

Permítame expresarle en este momento mi más cordial felicitación por estos cinco lustros de trabajo académico y de servicio a la comunidad Risaraldense y del país, bajo la inspiración del Evangelio de Jesucristo y de la Sede Apostólica. Que los años por venir sigan siendo una contribución a la formación en valores cristianos de los jóvenes de la región y un esfuerzo para que la ciencia se coloque al servicio de la obtención de la paz.

Solicito, atentamente, que presente de mi parte este saludo cordial de felicitación al Gran Canciller de la Universidad Mons. Fabio Suescún Mutis, Obispo de Pereira, a los Señores Miembros del Consejo Superior, a los Señores Miembros del Consejo Académico y a toda la Comunidad Universitaria y a las personas condecoradas por sus servicios a la Universidad.

Sigo unido en la oración y en el aprecio a esa Comunidad Académica y reitero a Ud. Señor Rector, mis sentimientos de la más alta consideración,

* Beniamino Stella
Nuncio Apostólico

Al Señor Rector
Álvaro Eduardo BETANCUR JIMÉNEZ
Universidad Católica Popular del Risaralda
PEREIRA



25 AÑOS DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA POPULAR DEL RISARALDA

Intervención de su Eminencia el Cardenal Darío Castrillón
Hoyos, fundador de la Universidad Católica Popular del
Risaralda a la comunidad universitaria.

Febrero 14 del 2000

Con un sentimiento de profunda emoción y de intensa alegría regreso a la inolvidable y bien amada ciudad de Pereira para conjugar en esta Alma Mater dos símbolos de la tierra soñada: el verde esmeralda de las esperanzas que con un grupo de amigos distinguidos depositamos hace cinco lustros, grato caudal de recuerdos; y el rojo de los cafetales maduros que la Divina Providencia nos permite hoy contemplar en la cosecha de ciencia y de méritos de estudiantes y profesores, en los 25 años de existencia de esta Universidad Católica Popular del Risaralda.

Conservo vivo el recuerdo de aquel pequeño grupo de estudiantes (Alberto Cardona, ya fallecido, Álvaro Mojica y Nelson Rendón) que, ante los problemas del cierre de su centro educativo me pidieron, por ser su Obispo, que los acompañara en el propósito de realizar sus estudios superiores. Tocamos inútilmente muchas puertas y llegamos a la aventurada decisión de fundar una Universidad. Para llevar adelante este propósito formé una comisión, integrada por los Padres Francisco Arias Salazar y Francisco Nel Jiménez Gómez. La buena voluntad y la tenacidad de Monseñor Francisco Nel Jiménez y un limitado número de personas amigas, entre las cuales recuerdo especialmente al Dr. Bernardo Gil Jaramillo. Posteriormente invitamos a la «Corporación para el Progreso Económico y Social de Risaralda», COPESA, cuyos Directivos (recuerdo especialmente, junto al Dr. Gil, a los Doctores Ricardo Tribín Acosta, Álvaro Polanco, y Duffay Alberto Gómez Ramírez) secundaron la noble aventura.

Surgieron problemas económicos y legales para la aprobación de la Universidad hasta el día en que, aprobado el Concordato, se reconoció a la Iglesia el derecho de establecer centros educativos en los varios niveles de la enseñanza. El entonces Obispo Coadjutor de Pereira, Darío Castrillón, debidamente autorizado, dio el Decreto de Fundación de la Universidad Católica Popular del Risaralda. Para no cometer injustos olvidos, omito mencionar el nombre de todos los decididos y generosos colaboradores en la empresa. De una cosa estoy seguro: en ella estuvo presente, con su reconocido espíritu cívico y con su dinámica generosidad, toda Pereira.

Para medir el tamaño y la bondad de esta realidad de educación superior, permitidme recordar algunos hechos históricos que marcan en el arco de los siglos la trayectoria de la educación en el mundo y en la Iglesia.

Un poderoso dinamismo de extensión cultural siguió al descubrimiento de la escritura. Se difunde en forma popular la instrucción y aparecen en Grecia: el Pedagogo para la instrucción primaria, el Gramático para la secundaria y el Sofista para la superior. Mientras tanto en Roma se presentan el Litterator o Ludimagister, el Grammaticus y el Orator o Magister Juris, para los mismos grados de la educación. Después del año 200 la escolaridad greco-romana se identifica casi totalmente. Otro tanto ocurre con Platón y Séneca desde el punto de vista filosófico.

Platón, contra Protágoras escribió: “Dios es la medida de todas las cosas” (Las Leyes 716,c), «Dios es el pedagogo del Universo» (897,b). Esta dimensión teológica de aquella vieja cultura es una raíz lejana de las Universidades Católicas. Desde las primeras elaboraciones sistemáticas de la cultura estaba presente el elemento religioso considerado siempre como parte integral de la perfección humana.

La penetración cultural cristiana en los tres primeros siglos de nuestra era, tuvo su más significativa expresión en la Escuela Alejandrina con su antecedente pagano en el Mouseion, la casa de las musas, representantes de los varios sectores del saber, y la Bet-midrash, casa de investigación hebrea donde Filón perfeccionó su interpretación de la Torah. Es interesante comprobar cómo en el mundo hebreo aparecen ya tres tipos de instrucción: la primaria sobre la Biblia, la secundaria sobre la Mishnah y la superior sobre el Talmud.

En este ambiente intelectual favorable surgió, a principios del s.III el Didaskaleion, que podría considerarse la primera institución pedagógica cristiana. Clemente de Alejandría (150–215 circa), que aunque oficialmente no había enseñado en el Didaskaleion es considerado como uno de los exponentes más caracterizados del ambiente cultural cristiano de Alejandría de Egipto y Orígenes son las dos figuras máximas en el proyecto de creación de una cultura, «paideia» cristiana. Orígenes adopta la totalidad de la metodología de su tiempo y crea una «paideia» vasta y articulada que él mismo pone en práctica en Alejandría entre el 203 y el 231 y luego en Cesárea de Palestina entre el 232 y el 253.

En el Discurso dirigido a Orígenes por Gregorio el Taumaturgo, en su tiempo de estudiante, 238, se encuentra la descripción de la «paideia» cristiana que, según se deduce de este documento, es el primer intento de Universidad cristiana.

Convertido el imperio Romano al cristianismo, aparece un nuevo proyecto cultural de escuela cristiana en el siglo IV, con la reflexión agustiniana sobre el «magíster interior», pero las invasiones de los bárbaros, de mitad del siglo, terminan con los proyectos sistemáticos de escuelas cristianas en occidente, mientras continúan en el oriente bizantino.

Es cierto, sin embargo, que comparecen escuelas típicamente cristianas, pero diversas de aquellas del período pre-constantiniano y post-constantiniano. En los primeros decenios del siglo VI se habla de las primeras escuelas eclesiásticas rurales (concilio de Vaison del 529) y de las primeras escuelas episcopales (concilio de Toledo del



527). En la época de Carlo Magno nacerá finalmente la «escuela palatina» en la misma corte imperial.

Con Carlo Magno y el renacimiento carolingio se da un nuevo impulso a la educación cristiana y las abadías se convierten en frentes de cultura. Los primeros pasos de renacimiento cultural vienen del mundo anglosajón con Beda el Venerable y con Alcuino de York, incorporados a los programas político-religiosos y culturales de Carlomagno.

En el alto Medioevo, del siglo X al XIII, nace la Universidad medioeval y ya es de todos conocido el desarrollo del pensamiento en esos centros famosos de cultura perenne. Es notable el hecho de que, ya en la primera mitad del siglo XVI, la Iglesia en América funde Universidades en distintas partes del continente, muchas de las cuales conservan todavía su vigor y la nobleza de sus tradiciones culturales, factor determinante en el desarrollo del continente.

La conmemoración que hoy nos congrega hace, pues, parte de una memoria humanística del más genuino sello cristiano, que mantiene a la Iglesia a la cabeza del desarrollo del pensamiento iluminado por la fe a través de los siglos.

En nuestro tiempo, con la experiencia secular que le permitió vivir las más profundas y diferentes revoluciones culturales, y ante la maravillosa multiplicación de escuelas y universidades católicas, la Iglesia ha reflexionado una vez más sobre la Universidad y nos ha entregado un fruto maduro que nos permite ver con claridad cuál es, hoy, la naturaleza de la Universidad Católica en armonía con el pasado y cuáles sus compromisos ante los retos de una nueva cultura. Es de forzosa referencia el documento «Ex Corde Ecclesiae», del 15 de agosto de 1990.

La Universidad católica, en cuanto universidad, participa del mismo ser de todas las universidades: es una comunidad académica, que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales. (Cf. Carta Magna de las Universidades europeas, Bolonia, Italia, 18 de septiembre de 1988, “Principios fundamentales”). «Una Universidad católica, como toda universidad, es una comunidad de estudiosos que representa varias ramas del saber humano. Ella se dedica a la investigación, a la enseñanza y a varias formas de servicios, correspondientes con su misión cultural» (Ex cord. 2 part., art. 2).

Esta ha sido, desde el principio, la realidad operativa de esta universidad, con el concurso eficaz de directivos, profesores y estudiantes hasta hacerse digna del reconocimiento y la admiración de todos por su calidad humana y académica. Tenemos la honda satisfacción de saber que los títulos de esta Universidad Católica son reconocidos como verdaderos certificados comprobantes de competencia profesional. Pero el verdadero diploma de la universidad son sus egresados que, no solamente han merecido el respeto y el aprecio de la sociedad, sino que se han

convertido en timbre de honor de la institución que un día los acogió con beneplácito y esperanza.

Esta universidad es católica porque nació en el seno de la Iglesia por un decreto del Obispo Coadjutor de Pereira, que le dio la existencia jurídica, es católica porque el propósito de sus fundadores fije la realización de los ideales educativos de la Iglesia católica y porque su estatuto legal ha sido concebido y aprobado dentro de las normas de la Iglesia. La universidad inspira y realiza su investigación, la enseñanza y demás actividades según los ideales, principios y actitudes católicos. La universidad, durante estos cinco lustros, ha manifestado siempre su propia identidad católica y ha declarado su conformidad con los fines y la misión de la Iglesia. Sus estatutos son garantía de la conservación de su genuina identidad.

Precisamente desde esta identidad, la Universidad es profundamente respetuosa de las ideas personales de profesores, alumnos y empleados, y de la libertad de conciencia de cada persona (*Dignitatis Humanae*, n 2). La libertad religiosa es esencial y prioritaria dentro de las categorías de derechos humanos.

Con igual claridad se debe expresar que todo acto oficial de la Universidad debe estar de acuerdo con su identidad católica, sello de honor en la vieja tradición educativa de la Iglesia. Naturalmente ella goza de aquella autonomía institucional que es necesaria para cumplir sus funciones eficazmente y garantiza a sus miembros la libertad académica, de acuerdo con los principios y métodos de la ciencia y según las distintas competencias, salvaguardando los derechos de la persona y de la comunidad dentro de las exigencias de la verdad y del bien común (*Gaudium et Spes* 59, *Gravissimum Educationis* momentum, 10).

La Iglesia, Madre y Maestra, quiere servir al hombre y a la sociedad en los planes de perfección humana en el campo educativo, propósito que viene cumpliendo a través de los siglos y, en modo particular lo realiza mediante las universidades. La Universidad católica busca, en forma institucional, garantizar esa presencia cristiana en el mundo universitario para participar solidariamente en el estudio y la solución de los grandes problemas de la sociedad y de la cultura. en su dimensión humanística y socio-histórica (*G. et S.*,53).

En su preocupación por la vida y misión de la universidad, la Iglesia le pide mantener unas características que considera esenciales y las expresa en el n.13 de *Ex Corde Ecclesiae*.

1. Una inspiración cristiana por parte, no sólo de cada miembro, sino también de la comunidad universitaria como tal;
- 2, Una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones;
3. La fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia;
4. El esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida.

Así la universidad católica, además de toda su importante tarea común con todas las universidades, aporta la luz y la inspiración propias del mensaje cristiano, al cual no se debe sustraer ningún campo de interés humano. De este modo la Universidad representa un campo privilegiado del diálogo razón y fe.

La Iglesia reconoce el valor intrínseco de la ciencia y la investigación, y amplía el horizonte con las luces de la trascendencia. Desde la trascendencia y la fe se desprenden lógicamente postulados éticos de valor objetivo y dimensión teológica. La educación no alcanza su perfección y dignidad si no establece claramente la primacía de la persona humana sobre las cosas, del espíritu sobre la materia, de lo ético sobre lo técnico y del hombre sobre el universo y de Dios sobre el hombre. (cfr. Juan Pablo II Unesco 1980). De este modo se garantizan el respeto mutuo, la solidaridad y la paz entre los hombres y las naciones.

Dado que la teología tiene entre sus tareas la realización de búsqueda de la síntesis del saber y es elemento insustituible del diálogo razón y fe, quiere la Iglesia que en todas las universidades católicas exista una facultad, o al menos una cátedra de teología. Esta es una realidad en famosas universidades civiles, no católicas de Europa y otros continentes. Excelente programa para que la Universidad cumpla con mayor eficacia su tarea ante la nueva evangelización del Tercer Milenio.

Con su experiencia de siglos la Iglesia pone sus ojos y deposita su confianza en los profesores que tienen la altísima responsabilidad de la enseñanza y que han sido las columnas de esta institución. «Los docentes cristianos, dice la *Ex Corde Ecclesiae*, están llamados a ser testigos y educadores de una auténtica vida cristiana, que manifieste la lograda integración entre fe y cultura, entre competencia profesional y sabiduría cristiana. Todos los docentes deberán estar animados por los ideales académicos y por los principios de una vida auténticamente humana. (E.C.E, 20).

Podríamos decir que ha llegado el momento de aunar todos los esfuerzos para superar la crisis de la cultura que parecería precipitarse en un vacío epocal.

Es interesante comparar con lo que ocurría hace mil años, en el cambio de milenio. El período en torno al año mil fije un momento de tránsito, fundamental para toda la cristiandad tanto de occidente como de oriente. También entonces se produjo un vacío. «El renacer ya iniciado antes del año 1.000 se puede decir que es de carácter integral: florece de nuevo la economía, aumenta la población, se reaniman las ciudades y se constituyen los primeros reinos. Paralelamente comienza la reforma cluniacensegregoriana, se renueva la sociedad cristiana, se organizan las cruzadas, se ponen las bases de la nueva cultura escolástica y de la nueva escolarización hasta la fundación de las primeras universidades. En Oriente, al contrario, las varias cristiandades se encuentran a la defensiva y luego en retroceso, sea frente al Islamismo, sea frente a la agresividad del occidente» (Franco Pierini, *Il Maestro nella Patristica e nella tradizione ecclesiale*).

En este momento, después de la tempestad de una crisis violenta cuyas consecuencias, sin duda alguna, durarán muchos años, se viven en toda la Iglesia signos de esperanza y la Nueva Evangelización, a la que el Papa Juan Pablo II ha convocado a la Iglesia, comienza a ser una realidad visible dentro del panorama oscuro de los últimos decenios.

El Papa, con mirada de profeta y con el timón en sus manos, en las que no se debilita el carisma petrino para conducir la Iglesia, camina en el primer puesto, con una firmeza moral y espiritual que contrasta con su flaqueza física, abriendo brechas en el terreno difícil de una identidad que es preciso mantener y consolidar, manteniendo la luz de sólidas verdades en ámbitos oscurecidos por la duda, haciendo la unidad religiosa en un mundo lleno de divisiones y discordias y abriendo los brazos con un amor límpido y sincero al encuentro fraterno de las confesiones cristianas. En el momento en que sucumbe la civilización de la tardía modernidad, con la fuerza que sólo puede enir del Espíritu, abre con ímpetu arrollador las puertas al diálogo de la fe con la cultura contemporánea de la que es ciudadano y maestro. Es éste un momento feliz para una Universidad católica que mira al cayado de este gigante indómito de la fe. El mundo no necesita sonrisas de aprobación para sus veleidades y sus yerros sino corazones abiertos a la comprensión desde el irrenunciable compromiso con la fe y las verdades que ella ilumina.

Al comprobar cómo la Universidad Católica Popular del Risaralda en estos primeros veinticinco años de su existencia ha sido fiel a los propósitos de los fundadores, que son los mismos propósitos de la Iglesia en este campo, y al ver cómo su ser y su obrar hacen de ella un eslabón en la gloriosa cadena de la educación católica como servicio a la fe y como respuesta a los anhelos colectivos de una sociedad que ha optado por el progreso, dentro del marco del pensar cristiano, sólo me queda felicitar muy cordialmente a la entera comunidad universitaria, renovar mi aprecio indeclinable a los compañeros de ese sueño y de esa empresa y mi gratitud a ellos mismos y a los colaboradores y continuadores, como a toda la siempre bien querida sociedad pereirana.

No sería completa la expresión de gratitud, si no incluyera, en forma explícita, a Su Excelencia, Monseñor Fabio Suescún Mutis, Obispo de Pereira y Gran Canciller de la Universidad que la ha apoyado e impulsado con tesón, y al Padre Álvaro Betancur Jiménez, que con inteligencia y constancia ha coordinado eficazmente toda la acción, con el concurso insustituible de sus inmediatos colaboradores.

Que Dios nos acompañe con su bendición en el presente y el futuro de esta obra concebida y realizada con tanto amor.



UNIVERSITAS MAGISTRORUM ET SCHOLARIUM
PALABRAS DEL SEÑOR OBISPO
de la Diócesis de Pereira y Gran Canciller de la
Universidad Católica Popular del Risaralda en el
Almuerzo ofrecido a su Eminencia el Cardenal Darío
Castrillón Hoyos y a los ilustres visitantes con motivo
de los 25 años de a Universidad.

*“Es bueno dar gracias al Señor y tocar para tu nombre,
 oh Altísimo proclamar por la mañana tu misericordia
 y de noche tu fidelidad con arpas de diez cuerdas y laúdes
 sobre arpegios de cítaras.*

*Tus acciones, Señor, son mi alegría y mi júbilo las obras de tus manos.
 ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios!” (Sal 91)*

Eminentísimo Señor Cardenal Darío Castrillón Hoyos, Prefecto de la Congregación para el clero, Excelentísimo Señor Rigoberto Corredor Bermúdez, Obispo de Buenaventura, Padre Álvaro Eduardo Betancur Jiménez, Rector de la Universidad Católica Popular del Risaralda, Monseñor Francisco Nel Jiménez, Doctor Carlos Arturo López Ángel, Gobernador de Risaralda, Doctor Luis Alberto Duque Torres, Alcalde de Pereira, Señoras y Señores:

Nació la Universidad en los comienzos del segundo milenio, cuando un grupo de estudiantes, deseosos de aprender, invitaron a los maestros para acometer juntos la fascinante aventura del saber y del conocimiento. Se requirió la convergencia de diversas condiciones para que viera la luz este admirable invento de la humanidad:

En primer lugar, un grupo de personas decididas a conquistar las maravillas del conocimiento. Estas personas estaban movidas por un amor apasionado por la ciencia y una inquebrantable voluntad de emprender el fatigoso camino de contemplar el misterio de la realidad íntima de los fenómenos y los seres de la naturaleza. A estos hombres solemos llamarlos “estudiantes” simplemente, con una actitud distraída, sin reparar en lo que semejante título significa: estudiante no es, en efecto, sólo un apelativo que denota la condición de quien se matricula en una escuela, sino toda una disposición interior, una voluntad comprometida, una actitud apasionada del que, movido por el amor a la verdad, acomete decididamente la tarea disciplinada y exigente de contemplar la realidad, para desentrañar su misterio, su esencia íntima, más allá de los prejuicios del observador y de las apariencias engañosas. “Estudiar” significa en su genuino sentido, luchar y esforzarse movido por un amor apasionado por la verdad.

No bastaba la existencia de hombres deseosos de aprender para que se gestara la universidad. La segunda condición para su nacimiento fue la existencia de maestros, esto es, de personas que habían hecho ya la experiencia de aprender y, herederos de una preciosa tradición secular, poseían el admirable bagaje de una formación que aportó no sólo conocimiento sino un método riguroso para pensar con sistema, lógica y coherencia, y estaban inspirados tanto en valores antiguos como nuevos, pero todos fundamentados en altos principios éticos y en la búsqueda del Bien. A ellos los solemos llamar “maestros”, lo que significaba más que la denominación de quien ha sido contratado en una escuela, toda una condición: la de quien con dedicación había alcanzado el dominio de una disciplina; tenía actitudes de admiración, investigación y disciplina intelectual; poseía la sabiduría para acompañar al estudiante en la búsqueda de la verdad, y estaba adornado con unas calidades humanas que alentaban a los discípulos a imitarlas.

Una condición más hizo posible el surgimiento de la Universidad: estudiantes y maestros estaban efectiva y afectivamente animados por cuatro amores fundamentales: amores apasionados que inspiraban a ambos estamentos de tal manera que los comprometían en una causa y los vinculaban viva y estrechamente: el amor a la verdad, a la vida, al bien y a lo superior.

Nacida de la voluntad de estudiantes y maestros y animada por el principio de la autonomía, contó luego con el apoyo de la Iglesia, los estados y la sociedad; a éstos la historia les reconoce un papel importante en la consolidación de la Universidad.

El nacimiento de la Universidad Católica Popular del Risaralda evoca admirablemente el origen de la Universidad medieval: unos estudiantes que, movidos también por el deseo de formarse, habían constituido la Fundación Autónoma Popular de Risaralda, solicitaron el apoyo del entonces Obispo de Pereira, Darío Castrillón Hoyos, para que le diera viabilidad y solidez al proyecto que con osadía y voluntad habían emprendido. Ellos encontraron en el Obispo la disponibilidad del pastor y la sabiduría del maestro, y luego igualmente, contaron con la lucidez, el entusiasmo y la calidad humana de los sacerdotes Francisco Nel Jiménez y Francisco Arias, y el concurso de unos laicos asociados en la Corporación para el Progreso Económico y Social de Risaralda.

Han transcurrido veinticinco años desde cuando ese grupo de emprendedores, con recursos muy precarios y superando escollos de diversa índole, creó la Universidad Católica Popular del Risaralda. Hoy el Alma Mater es una sólida institución que ha prestado un valioso servicio a la región y a sus habitantes.

Por esta obra, como decía el salmista, “es bueno dar gracias al Señor”. Nos complace que para celebrar este acontecimiento nos acompañe el muy querido Señor Cardenal Darío Castrillón, creador de la Universidad y pastor de la Iglesia de Pereira por más de veinte años. Gracias, Eminentísimo Señor Cardenal; su presencia es motivo de

alegría para el Alma Mater y para la ciudad y el departamento. Gracias también a todos ustedes por unirse a nuestra celebración y demostrar una vez más su aprecio por la Universidad.

Gracias a ti, Dios del bien y la verdad, porque detrás de todo los esfuerzos, logros y realizaciones, desafíos y proyectos, misteriosa y vigorosamente, ha estado tu presencia pródiga y bondadosa. Tú has hecho posible lo que, como una ofrenda fecunda y generosa, te presentamos en este día. Te damos gracias y proclamamos tu grandeza. Unidos en torno a la mesa, celebramos los frutos que tu gracia ha permitido cosechar y alegres festejamos la vitalidad de esta obra que tu mano creadora, unida gratuitamente con las manos de tantas personas, ha construido para el bien de los hombres y gloria de tu nombre.

Nos unimos alborozados al salmista, exclamando: “es bueno dar gracias al Señor” y proclamar la presencia de tu misericordia en el amanecer de la Universidad; también ahora en el mediodía de esta alma mater, a pleno sol y en plena actividad, es bueno proclamar que has sido fiel a tu promesa de vivificar e iluminarla obra que en tu nombre realizamos.

Bendice ahora estos alimentos con los que queremos expresar nuestra voluntad de trabajar unidos en la búsqueda del bien y la verdad, y haz que nos fortalezcan para realizar la obra que nos encomendaste.



PALABRAS DE SALUDO AL SEÑOR CARDENAL Y A LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA

Saludo del Señor obispo de la Diócesis de Pereira y Gran
Canciller de la universidad Católica Popular del Risaralda
a su eminencia el Cardenal Darío Castrillón Hoyos

Querido Señor Cardenal:

La comunidad universitaria está congregada en esta tarde para escuchar de labios de su fundador, palabras que iluminen y alienten el propósito que desde sus inicios ha constituido la razón de ser de la UCPR y vincula estrechamente a directivos, docentes, administrativos, estudiantes y empleados: el llegar a ser gente, gente de bien y profesionalmente capaz.

Oír a su fundador es la oportunidad de reencontrarnos con la vocación de la Universidad, de contemplar constructivamente la identidad del Alma Mater y renovar nuestro compromiso con su misión.

Como Gran Canciller de la Universidad Católica Popular del Risaralda le presento la comunidad que hoy continúa lo que hace veinticinco años se propuso Usted, unido a quienes lo acompañaron en la creación de esta obra de la Iglesia y de la sociedad risaraldense: El Consejo Superior, el Consejo Académico, profesores de planta, catedráticos, los administrativos, estudiantes, empleados y egresados.

La comunidad universitaria quiere hoy expresarle su perenne gratitud y renovar el compromiso con el engrandecimiento de la Universidad.

Queridos miembros de la comunidad universitaria:

Celebrar es contemplar agradecidos la historia que ha hecho posible nuestra existencia en el presente. Miramos y admiramos el pasado para reconocer los rostros de aquellas personas que, con abnegación e inteligencia, dibujaron como maestros el proyecto de la Universidad y anclaron sobre terreno seguro sus fundamentos; a ellos los llamamos “fundadores” no simplemente porque estuvieron en el inicio de la obra, sino porque al colocar los cimientos garantizaron su desarrollo hasta el presente y trazaron las líneas directrices que iluminan y orientan su ser y su quehacer.

Celebrar es contemplar el presente como un generoso abanico de oportunidades que nos provocan a responder con decisión, entereza y creatividad, a sabiendas de que el estandarte que representa los ideales de la Universidad está ahora en nuestras manos y depende de nosotros que continúe ondeando vigoroso.

Celebrar es contemplar el futuro como reto y como tarea; se trata de una contemplación activa capaz de reinventar permanentemente la Universidad, de auscultar el palpito de los acontecimientos para responder creativamente a sus demandas, y de apasionarnos cada vez más por la búsqueda de la verdad.

Celebrar es reencontrarnos con nuestra propia identidad para relanzarla hacia el futuro, saliendo al encuentro de las nuevas exigencias de la sociedad, la historia y la cultura de tal manera que seamos a la vez fieles a nuestra tradición y fieles a los desafíos del nuevo milenio.

Celebrar es contemplar lo que somos y tenemos, como un don que hemos recibido como gracia. Dones gratuitos que nos han sido obsequiados por la generosidad de los otros: de los fundadores de la Universidad, de tantas personas que ayer la ayudaron a construir y de tantas personas que hoy hacen posible su existencia; y, sobre todo, dones del Dios de la misericordia que suave y misteriosamente ha estado fielmente presente a lo largo de los años y continúa regalándonos la abundancia de su amor. Por ello, celebrar es agradecer.

Esta excelente oportunidad de encontrarnos con el fundador de la Universidad Católica Popular del Risaralda nos permitirá contemplar el pasado, el presente y el futuro para fortalecer nuestro ánimo y nuestro compromiso.

Eminentísimo Señor, gracias por su presencia en esta fecha memorable. Sus palabras, como la semilla de la parábola del Evangelio, caerá también esta tarde en una tierra bien dispuesta.



LOS RETOS DE LA UNIVERSIDAD HOY

Palabras del Señor obispo de la diócesis de Pereira Monseñor Fabio Suescún Mutis

*Dios de nuestros padres y Señor de la misericordia,
que con tu palabra hiciste todas las cosas,
y en tu sabiduría formaste al hombre,
para que dominase sobre tus creaturas,
y para que rigiese el mundo con santidad y justicia
y lo gobernase con rectitud de corazón.*

*Dame la sabiduría asistente de tu trono
y no me excluyas del número de tus siervos,
porque siervo tuyo soy, hijo de tu sierva,
hombre débil y de pocos años,
demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes.*

*Pues aunque uno sea perfecto
entre los hijos de los hombres,
sin la sabiduría que procede de ti,
será estimado en nada.*

*Contigo está la sabiduría conocedora de tus obras,
que te asistió cuando hacías el mundo,
y que sabe lo que es grato a tus ojos
y lo que es recto según tus preceptos.*

*Mándala de tus santos cielos
y de tu trono de gloria envíala
para que me asista en mis trabajos
y venga yo a saber lo que te es grato*

*Porque ella conoce y entiende todas las cosas,
Y me guiará prudentemente en mis obras
Y me guardará en su esplendor.
Sab 9,1ss*

Saludo

En los inicios de la década de los setenta, cuando irrumpía avasalladora la nueva cultura y se estremecían las viejas estructuras sociales de nuestro país y de la región reclamando con apremio un replanteamiento a las relaciones económicas y políticas, cuando empezaba a percibirse la presencia entre nosotros de la sociedad del conocimiento e inundaba los espíritus y los ánimos la conciencia de una educación superior más democrática a la que pudiera acceder un mayor número de jóvenes, un grupo de estudiantes constituyó la Fundación Autónoma Popular de Risaralda.



Contaba este grupo con pocos recursos distintos del entusiasmo y la ilusión, del deseo de formarse y del sueño de llegar a ser profesionales. La crudeza de la realidad y las limitaciones administrativas y financieras colocaron este proyecto en una situación crítica que demandaba repensar su organización y darle solidez académica e institucional.

Fue entonces cuando la sensibilidad y la audacia del entonces Obispo Coadjutor de Pereira, Darío Castrillón Hoyos, atendió con admirable capacidad de escucha y de respuesta a la solicitud de la Fundación para brindarle el apoyo que las circunstancias requerían.

Haciendo causa común con este grupo de estudiantes y con la colaboración de los sacerdotes Francisco Nel Jiménez y Francisco Arias, luego de los estudios de rigor y la definición de unos principios rectores, Usted, Señor Cardenal promulgó el decreto de creación de la Universidad Católica Popular del Risaralda.

Se replicaban en cierta forma las circunstancias que en el S. XII dieron origen a esa insigne institución que es la Universidad. En efecto, fueron también unos estudiantes los que en los albores del segundo milenio se asociaron entre sí y luego con los maestros para crear la “Universitas magistrorum et scholarium”.

Hoy el sueño de aquellos estudiantes y fundadores es una institución sólida, con una clara definición de su carácter y propósito. Por eso en esta noche nos hemos congregado representantes de la sociedad, la iglesia y el Alma Mater para dar gracias y congratularnos gozosamente: Gracias al Señor de la Verdad y a quienes en su nombre araron, sembraron y han mantenido frescos los surcos en los que crece fecunda la Universidad.

El reencuentro de la Universidad Católica Popular del Risaralda con sus raíces en este vigésimo quinto aniversario, no sólo despierta nuestros sentimientos de gratitud y reconocimiento, sino que constituye una oportunidad para escrutar las exigencias que nos reclama el futuro, una oportunidad para re-crearnos y reinventarnos con lucidez y responsabilidad.

Vivimos, como se dice hoy, no una época de cambios sino todo un cambio de época. La fidelidad a nuestra vocación y tradición implica precisamente responder con creatividad a lo que la nueva realidad cultural y social nos plantea.

No es fácil repasar exhaustivamente las características de la nueva situación, menos si reconocemos que su sustrato más hondo es precisamente el cambio vertiginoso que, como a saltos, ya nos ha superado cuando creemos haberlo comprendido.

La matriz cultural en la que se generó la universidad contemporánea, la modernidad, ha evidenciado sus limitaciones, despertando un inconformismo ante sus reduccionismos, inconformismo a veces creativo, con frecuencia desordenado y confuso. La nueva cultura que conocemos con el nombre todavía opaco de “postmodernidad”, constituye

una significativa transformación de paradigmas, valores, códigos, comportamientos y concepciones que pareciera barruntar toda una nueva visión del mundo.

Si bien podemos saludar complacidos la crítica sensata a los reduccionismos de la modernidad y el deseo latente de alcanzar una comprensión más armónica y completa del hombre, el mundo y la historia, no podemos ignorar que esta búsqueda está profundamente marcada con los signos del desconcierto, la vacilación y la ausencia de valores universales y certeros.

Siendo el papel de la Universidad la preservación de la cultura y al tiempo su transformación, y siendo también una de sus funciones más importantes la docencia, que es necesariamente un diálogo intercultural realizado en el ambiente de la academia, la Universidad Católica Popular del Risaralda habrá de saber interpretar la nueva situación cultural y contribuir a su redefinición, procediendo con rigor y espíritu innovador inspirada en los principios sabios del Evangelio de Jesús.

La prolífica producción del conocimiento y su aplicación en las nuevas tecnologías, constituye otro reto para la Universidad. Siendo la ciencia un componente esencial de su identidad y misión, la comunidad académica tendrá que ser lo suficientemente ágil, disciplinada, crítica e inter-relacionada, que permita apropiarse de los nuevos conocimientos para ofrecer con calidad los servicios de docencia, investigación y extensión. Se requerirá para ello de una aguda capacidad de innovación metodológica, de un ambiente interdisciplinar, de búsqueda de nuevas alternativas de capacitación docente y de motivaciones y habilidades para la investigación.

El papel que en este nuevo escenario corresponde a la comunidad docente, se replantea de pronto, y seguramente, en lugar de enseñar contenidos y transmitir información, tendrá que ser enseñar a navegar en el amplio espacio del conocimiento, y, por supuesto, enseñar a apropiarse de él y también a producirlo.

La coyuntura socio política del país y de la región necesitan hoy de manera particularmente apremiante, de la Universidad. A ella le corresponde colocar sus fortalezas académicas al servicio del conocimiento de la realidad con el fin de aportar al desarrollo con equidad. La Universidad Católica Popular del Risaralda debe continuar insertándose resueltamente en la vida de la región, lo que significa comprometerse tanto afectiva como efectivamente con sus angustias y sus anhelos. No es posible dejar de mencionar en este momento, el compromiso insoslayable de la Universidad con la construcción de la paz. Sea desde la economía y la ciencia administrativa, desde la comunicación y la reflexión urbanística, desde la educación y la teología, desde el diseño industrial y la sicología, la Universidad debe participar en el conocimiento de los problemas asociados con la guerra y con la paz. Y, por supuesto, la docencia deberá ejercitarse de tal forma, dentro y fuera del aula de clase, que despierte actitudes y compromisos que favorezcan la paz.

Si la Universidad es necesariamente una escuela de formación ciudadana, deberá propiciar en los estudiantes y docentes una clara conciencia de sus responsabilidades



sociales y posibilitar la discusión juiciosa y constructiva sobre el modelo de ciudad y país que queremos.

La Iglesia colombiana ha repetido con vehemencia que nuestra sociedad es una sociedad moralmente enferma. Otras veces ha llamado la atención sobre la crisis de valores y ha denunciado la descomposición ética. La crisis se ha producido en una sociedad con universidades, no es posible desconocerlo.

La expresión crisis de valores no implica primordialmente la idea de unos valores que desaparecieron y que es necesario recuperar inmodificados; significa ante todo la situación de desconcierto ético que proviene de la falta de criterios y principios suficientemente sólidos que permitan discernir qué es lo que vale y qué es lo que no vale, qué es lo que construye y qué es lo que destruye, qué es el bien y qué es el mal. Al Universidad Católica le corresponde crear los espacios suficientes y adecuados para la reflexión ética, de tal manera que transversalmente, la ética haga presencia efectiva en la academia y la discusión intra e interdisciplinar: reflexión ética al interior de la reflexión y la enseñanza de la economía, la sicología, la educación, el urbanismo, la comunicación o el diseño de productos.

En medio del desconcierto ético y del profuso pluralismo de propuestas éticas, el horizonte trascendental de la moral cristiana ofrece las grandes líneas que permiten pensar este complejo y amplio universo a partir de principios claros y seguros, rigurosamente justificados desde la reflexión racional.

La crisis ética ha de ubicarse en el marco más amplio de una crisis todavía más profunda y decisiva. Me refiero a la “crisis de humanidad”. Los problemas del país y de la región en particular pueden encontrar una explicación multicausal que comporta ingredientes económicos, políticos y sociales; pero nadie desconoce que en el estrato más hondo existe una crisis de humanidad que es en definitiva la cuestión más radical y prioritaria.

Como elemento fundamental de esta crisis está el hecho de que hemos ignorado esa condición excelsa que posee todo hombre y que lo constituye en un ser superior a todas las criaturas: la dignidad. Cuando no se posee la conciencia de esa dignidad, el ser humano no se respeta a sí mismo ni respeta a los demás, y esa situación afecta su mentalidad, su discurso y su comportamiento. La vocación de la Universidad Católica Popular del Risaralda de apoyar la formación de gente y gente de bien, implica un compromiso para que tanto en la docencia como en la extensión se trabaje por crear la conciencia de dignidad, de la que deriva un comportamiento dignificante. Una persona es digna en la medida en que, consciente de su condición humana, asuma un comportamiento que dignifique las otras personas, las instituciones y los ambientes. Rico servicio será el que preste la Universidad a la sociedad si persevera y crece en la tarea de facilitar procesos de formación humana; será ésa una responsabilidad de todos los estamentos, muy en particular del estamento docente.

En efecto, a ustedes, queridos docentes, a ustedes que están en contacto directo y cotidiano con los estudiantes, les corresponde la tarea sublime y grave, de apoyar a

los jóvenes en su proceso de construcción humana. No importa qué tan abstracta y compleja sea la asignatura que le corresponde, el docente debe saber que participa en lo que constituye para el estudiante su compromiso más radical y apremiante: ser persona, o como decimos en la misión, ser gente. Sólo así dejaremos de ser sólo docentes y seremos, con propiedad y llenos de orgullo, maestros.

Cuando hace 800 años nació la Universidad, fue por iniciativa de quienes llegaron a llamarse “estudiantes”. Fueron ellos quienes buscaron a los maestros para asociarse en lo que en español denominamos “corporación” o “hermandad”, traduciendo la palabra original latina “universitas”. ¡Una asociación de estudiantes y maestros!

Si hago referencia a este hecho no es para rememorar detalles episódicos. Es para recordarles, queridos estudiantes, que en los orígenes de la Universidad y también en su trasegar por ocho siglos, ustedes han sido protagonistas. También lo fueron y lo han sido en el origen y el desarrollo de la Universidad Católica Popular del Risaralda.

Es por esa razón por la que la misión de la Universidad considera que el proceso que la institución apoya, los tiene a ustedes como sujetos. Asuman, pues, cada vez con mayor responsabilidad la tarea de su propia autoformación.

El dinamismo de la autoformación, que deseamos que asuman los estudiantes, también cobija a los administrativos y demás miembros de la comunidad universitaria: la Universidad quiere que encuentren en ella las condiciones y posibilidades para su desarrollo humano y el ambiente para que su trabajo resulte satisfactorio y constructivo, es decir, para que puedan avanzar en la realización de su “proyecto de vida”.

¡Ser gente! ¡Ser gente de bien! ¡Avanzar en el proceso de construirse como personas! Creemos en la UCPR que ésa es la tarea decisiva. El Alma Mater les ofrece a ustedes, docentes, estudiantes, administrativos, lo que ha aprendido durante veinticinco años, la verdad sobre el hombre, y les revela la fuente de la que se ha nutrido para ello: el Evangelio de Jesús.

No teman, queridos estudiantes, no teman, queridos docentes, proponer la rica y vigorosa verdad sobre el hombre y sobre el bien que revela el Evangelio de Jesús. En un mundo en que pareciera que todo se disuelve, en que las certezas se miran con displicencia como si fueran ilegítimas, no teman enarbolar con entusiasmo la verdad del Evangelio. ¡Un mundo así es el que más la necesita! Pueden estar seguros de que la sostiene no sólo la autoridad de quien proviene, Jesús el hombre pleno, - carácter que para los creyentes es suficientemente válido- la sostiene, digo, no sólo eso, sino también una rica, rigurosa y coherente reflexión racional que sin arrogancia se abre al diálogo con las filosofías, las ciencias y las culturas para dar y para recibir.

Creo abrir aquí una nueva tarea que se presenta a la Universidad Católica como tarea insoslayable: la de propiciar, realizar y enriquecer el diálogo entre la fe y la razón. En gracia del tiempo, el tema hoy queda sólo planteado.

Quiero para terminar estas reflexiones hablar en nombre de los estudiantes y egresados, cuya vocería asumo inconsultamente pero sin temor a malinterpretarlos; hablar en nombre de la sociedad pereirana, de la que formo parte por designación del Papa y generosa acogida de la ciudad que no conoce forasteros; hablar en nombre de la Iglesia diocesana, que en fidelidad al Señor, pastoreo. En nombre de todos ellos digo: ¡Gracias!

Gracias al Cardenal Darío que creó la Universidad, la lleva en su corazón y ha venido desde Roma para celebrar con nosotros; gracias a quienes con tanta generosidad y lucidez lo acompañaron en la obra: Monseñor Jiménez y Monseñor Arias; Copesa y con ella el Doctor Bernardo Gil; Duffay Alberto Gómez, la persona que más tiempo lleva en la institución y ha estado firme y fiel en los momentos difíciles y en los gratos.

Gracias a ese grupo de mujeres y docentes que desde hace quince o más años han regalado su vida a la Universidad. Gracias a los que llegaron después y a los que hoy con cariño y abnegación hacen posible la obra de la Universidad: al Padre Álvaro Eduardo Betancur, los estudiantes, los egresados, la sociedad risaraldense, la Iglesia diocesana les expresan en esta noche su más sentida gratitud.

Gracias al Señor, porque como decíamos en la celebración eucarística de la mañana:

“El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres”.



Intervención del señor Obispo y Gran Canciller de la Universidad, Fabio Suescún Mutis en el acto central con motivo de la celebración de los 25 años de la Universidad católica

HOMILIA EN LAS BODAS DE PLATA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA POPULAR DEL RISARALDA

Card. Darío Castrillón Hoyos 14 – Febrero –2000

Sabid. 6,12–20

Queridos Hermanos:

Nos reunimos hoy, en la fiesta jubilar de la Universidad Católica Popular del Risaralda, para dar gracias a Dios por las bendiciones que su bondadosa Providencia ha otorgado a la querida Institución. De Dios viene todo don perfecto. Y para manifestar ante el Señor nuestra gratitud hacia todas las personas que de uno u otro modo han contribuido a la realización de esta empresa consagrada, desde la fe, al bien común de la sociedad en Pereira, y en toda la Nación.

El don más grande que hemos recibido de Dios es la inteligencia, que es una participación de la inteligencia divina, y nos pone por encima de todas las demás criaturas de este mundo.

Desde los tiempos antiguos de la era cristiana las escuelas de enseñanza superior y las universidades han sido uno de los instrumentos más valiosos para el desarrollo de la inteligencia individual y colectiva.

Para los creyentes el uso de la inteligencia en armonía con los afectos tiene una profunda y constante relación con el ser divino y se convierte en sabiduría, riqueza inestimable de la existencia humana.

En la Sagrada Biblia nos habla el Espíritu de Dios y nos dice: «Qué es la Sabiduría y cómo ha nacido? lo voy a declarar; no os ocultaré los misterios, sino que seguiré sus huellas desde el comienzo de su existencia, pondré su conocimiento al descubierto y no me apartaré de la verdad» (Sabiduría, 6,22)... «La abundancia de sabios es la salvación del mundo y un rey prudente, la estabilidad del pueblo» (6, 24).

La Iglesia ha tenido la preocupación de crear centros educativos a todos los niveles para prestar este importante servicio a la sociedad que necesita la sabiduría para cumplir sus metas. Con miras a este servicio amplio del bien común, nunca se limitó a la sola enseñanza religiosa, porque con la Sagrada Escritura cree que «la abundancia de sabios es la salvación del mundo». No hay mejor patrimonio para entregar a los hijos que la educación y la sabiduría.

« Por eso pedí y se me concedió la prudencia; supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría. (Sabiduría 7,7) 7,8 Y la preferí a cetros y tronos y en nada tuve a la riqueza en comparación de ella. 7,9 Ni a la piedra más preciosa la equiparé, porque todo el



oro a su lado es un puñado de arena y barro parece la plata en su presencia. 7,10 La amé más que la salud y la hermosura y preferí tenerla a ella más que ala luz, porque la claridad que de ella nace no conoce noche. 7,11. Con ella me vinieron a la vez todos los bienes, y riquezas incalculables en sus manos». Efectivamente, al lado de una buena educación convenida en sabiduría el oro es como un puñado de arena. Grandes herencias se agotan pero la sabiduría permanece y puede crecer en los tiempos difíciles.

En el versículo 17 del libro sagrado encontramos casi como un esbozo de un plan universitario: « Fue él quien me concedió un conocimiento verdadero de los seres, para conocer la estructura del mundo y la actividad de los elementos, el principio, el fin y el medio de los tiempos, los cambios de los solsticios y la sucesión de las estaciones, los ciclos del año y la posición de las estrellas, la naturaleza de los animales y los instintos de las fieras, el poder de los espíritus y los pensamientos de los hombres, las variedades de las plantas y las virtudes de las raíces». Baruc, 3,23 nos enseña que la ciencia no es completa si no está en armonía con el Dios de la trascendencia: «Los hijos de Agar, que andan buscando la inteligencia en la tierra, los mercaderes de Madián y de Temán, los autores de fábulas y los buscadores de inteligencia, no conocieron el camino de la sabiduría ni tuvieron memoria de sus senderos. ¡Oh Israel, qué grande es la casa de Dios, qué vasto el lugar de su dominio!

San Pablo retoma en su Primera Carta a los Corintios este tema. No hay sabiduría lejos de Dios. Así escribe el Apóstol: «Porque dice la Escritura: Destruiré la sabiduría de los sabios, e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el docto? ¿Dónde el sofista de este mundo? ¿Acaso no entonteció Dios la sabiduría del mundo? De hecho, como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necedad de la predicación. Así, mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres» 1,19–26.

Puebla y Santo Domingo, Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano destacaron entre las prioridades de acción la formación de la clase dirigente, de los llamados constructores de la sociedad y es lógico porque el bienestar de los pueblos depende en buena medida de sus clases dirigentes. Así lo dice el Señor en el sagrado libro del Eclesiástico, 10,3: «El rey sin instrucción arruinará a su pueblo, la ciudad se edifica sobre la prudencia de los dirigentes».

El Santo Padre, Juan Pablo II en su reciente encíclica Fides et Ratio dice: «Entre los diversos servicios que la Iglesia debe ofrecer a la humanidad, hay uno del cual ella es responsable en modo del todo particular: es la diaconía de la verdad. Esta misión, por una parte vuelve a la comunidad creyente partícipe del esfuerzo común que la comunidad cumple para llegar a la verdad; y por otra parte la obliga a hacerse cargo del anuncio de las certezas adquiridas, siempre con la conciencia clara de que toda

verdad conseguida es siempre y solamente una etapa hacia aquella plena verdad que se manifestará en la revelación última de Dios» (F. et R. 2)

Al celebrar los 25 años de la Universidad, damos gracias a Dios por que nos ha permitido colaborar en el perfeccionamiento del hombre y de la sociedad. Somos conscientes de que en el inmenso campo del saber, nuestra universidad cubre un área modesta pero ha sido un esfuerzo perseverante en pos de la ciencia y la sabiduría. Un grupo ciertamente reducido pero notable de personas se han capacitado para servirle honesta y eficazmente al país en un período de su historia marcado por muchas frustraciones y dolores pero esta es una unidad que se suma a todas las cosas maravillosas que tiene nuestra patria y es uno de los múltiples signos de esperanza para el ansiado futuro mejor.

El hombre está suspendido en cada momento entre el ser que tiene la vocación de realizar y la vuelta a la nada de donde ha sido sacado. Esta parecería ser la perspectiva sombría de muchos de nuestros compatriotas. De hecho éste ha sido siempre y es hoy el riesgo grande y noble de toda existencia y la tensión suprema de la esperanza.

Desde una seria formación cristiana podemos leer en toda su dimensión positiva el evangelio de hoy. A esta generación no se le dará un signo. Así dice Marcos pero el evangelista S. Mateo agrega: no se dará un signo sino el de Jonás, el profeta. Este es el signo máximo, la Resurrección de Cristo. En ella se fundan las sólidas esperanzas del hombre, es ella la cifra mayor de la perfección. En esta –hora de dificultades en Colombia, pongamos nuestras esperanzas en el Cristo Vencedor de la muerte y de todos los males que de ella son cortejo. Unamos a El las fecundas cosechas de estos 25 años de la Universidad, una luz más que se enciende en medio de tantas tinieblas. Y terminemos estos momentos de reflexión con unas hermosísimas palabras de San Gregorio de Nisa: “Siendo capaz el poder divino de inventar una esperanza donde ya no hay esperanza y un camino en lo imposible,” pongámonos en sus manos con la intercesión poderosa de la “Sedes Sapientiae”, la bien amada patrona de esta mi querida e inolvidable Ciudad de Pereira, María, Nuestra Señora de la Pobreza.



FOTO 1



FOTO 2



FOTO 3



FOTO 4

MAPA DE FOTOS Y COMENTARIOS

- FOTO 1 GRUPO DE ESTUDIANTES DE DIFERENTES FACULTADES EN LA CELEBRACIÓN DEL 14 DE FEBRERO.
- FOTO 2 ACTIVIDAD CULTURAL EN LA CELEBRACIÓN DE LOS 25 AÑOS
- FOTO 3 PERSONAL ADMINISTRATIVO Y EL RECTOR DE LA UCPR
- FOTO 4 CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN LA CATEDRAL DE PEREIRA CON MOTIVO DE LOS 25 AÑOS DE LA UCPR EL DÍA 14 DE FEBRERO